

Negociación
Puerto Madero – Buenos Aires
Diciembre de 2015

I. Oscar Lagos

Su ayudante. Una mina que todavía está estudiando en la facultad para acabar la carrera, y que probablemente es incapaz de distinguir un viejo Borgoña de un Malbec del año. Bueno, si el caso no le interesa más que eso, más valdría que ese viejo boludo me lo dijera en seguida. Buenos enólogos tenemos también, y muchos, en Argentina. Ojalá esos giles chilenos no estén tan obsesionados por contratar un francés. Claro que valora la etiqueta. Pero a ver sus caras si Fontanet pone el nombre de la guapa en vez del suyo...

Bueno, guapa... No me extrañaría demasiado que fuese fea, encima. Sería capaz, el viejo oso. Desde la muerte de su mujer, vive como un monje, estoy seguro que ya no folle, incluso solo. ¿Cómo no va a tener consecuencias en su modo de reclutar a sus empleados?

A lo mejor se está burlando de mí. Su faceta anarquista, anti-patronos. Como si él mismo no fuera un patrón. Esos franceses son todos socialistas. Al fin y al cabo, su famoso De Gaulle se parecía mucho a Perón. Los franceses fingen odiar la guita y los negocios. Mientras lo hacen a lo grande ellos también, pero con discreción, procurando no ensuciarse las manos, con clase y distinción. Dicen que en Francia a la gente no le gusta decir cuánto uno gana, revelar la magnitud de su fortuna. Son cosas que no se hacen. Así es Carlos Fontanet. Siempre parece desestimar la guita y trabajar para la gloria. Pero al final, cobra como los demás. Mejor: cobra *más* que los demás. No regala sus servicios. Y pese a ello, se siente con el derecho a criticar la Sociedad Rural¹, a llamar los terratenientes predadores y los negociantes como yo ladrones. Pero, ¿Si no estuviésemos acá para vender el vino, de qué viviría ese comunista?

Pero está bien, lo prometido es deuda, no quiero defraudar a los chilenos. Y quizás será más fácil negociar con la piba que con ese viejo cocodrilo. Porque ese no me parece tener mucho ánimo para el caso. Si hubiera querido trabajar con los chilenos, hace tiempo que lo hubiera hecho. En tal caso, más vale hablar con la joven asistenta. Y a lo mejor, saldrá más barato, ¿quién sabe?

¹ Sindicato patronal de terratenientes, muy potente.

La Muleta, en Puerto Madero. No es el restaurante más selecto de Buenos Aires, tampoco sirve la mejor cocina. Pero hasta hoy, siempre que negocié en este lugar, me salió bien. La chica no se dará cuenta. Encima es posible que pida Coca con su bife de chorizo, entonces...

Me gusta Puerto Madero. Es un barrio nuevo, moderno, muy alejado de la decrepitud del resto de la ciudad. Un barrio de nuevos tiempos, construido por y para gente nueva. Este antiguo puerto industrial es nuestro Manhattan: tiene otra pinta que los barrios podridos de La Boca o Barracas, donde la piedra de las paredes todavía exuda toda la miseria peronista de los años cincuenta.

Llego media hora antes, por cortesía primero, pero también porque quiero hablar con Fernando, el camarero, para elegir la mejor mesa. No la quiero demasiado cerca de la ventana, ya que en este caso, la boba se pasará el tiempo mirando el movimiento de la multitud paseándose en el muelle. Tampoco en el fondo del restaurante, está demasiado cerca de la cocina y olerá a carne asada. Y además en el fondo, no veré pasar a nadie y nadie nos verá. La Muleta es un lugar extremadamente bien frecuentado, o sea que no cabe duda que voy a encontrar a un montón de gente de todo pelaje, y eso tiene que impresionar a la chica. Ya sé que ella no va a decidir ni aún menos firmar el supuesto acuerdo, pero si Fontanet la manda a ella para negociar, es que le tiene confianza. No es que gano mucho en todo esto, pero complacer a tipos que suponen la mitad de mis resultados en cuanto al vino chileno vale la pena. Por lo menos para obtener luego mejores precios.

Elijo una mesa en pleno centro del comedor, y otra más aislada, por si acaso. Todo dependerá de la pinta que tendrá la mercancía. Si se trata de un escracho, mejor escondernos. Soy demasiado conocido acá, y no quiero que se burlen de mí. En cambio si se trata de una bomba, plena luz. No me queda otra que esperar que Fontanet todavía tenga tan buen gusto para las mujeres como para el vino.

Me quedo en la barra. Porque es hora del aperitivo, estoy al punto de pedir un Fernet-coca², pero por suerte me doy cuenta de mi error. Que me pillara bebiendo esa bebida negra y maloliente podría afectar muy negativamente el resto de la noche. Pido un vaso de Torrontes³, acordándome que Fontanet es especialista de los vinos de Cafayate. Si la mina llega en horario, no voy a tener tiempo para tomar la mitad antes de su llegada.

Pues tan puntual está que deduzco que no es argentina. De todos modos no tiene pinta de argentina. Mucho más grande, de aspecto mucho más deportivo. Cabello largo y claro, ojos azules. Y lo que la distingue aún más, si se tiene en

² Bebida casi nacional en Argentina.

³ Vino blanco del noroeste argentino.

cuenta la falta de elegancia legendaria de mis compatriotas femeninas, es la clase de su ropa. Vestido negro de marca, diez centímetros por encima de la rodilla, dejando ver piernas muy largas y perfectamente proporcionadas, con una piel tan blanca que podría matar de rabia al sol tropical. La ausencia de medias es una falta muy perdonable, si se tiene en cuenta el calor del verano porteño. Y lo compensan unos tacones altísimos que huelen a elegancia europea. Si no es argentina, ¿dónde fue a encontrar Fontanet semejante cohete? La talla, el color de piel, el pelo claro y los ojos hacen pensar en una alemana, tipo bávaro, pero si las bávaras tienen en efecto esa constitución bastante fuerte, si tienen esos hombros de nadadoras de competición, muy lejos están de tanta distinción. ¿Una austriaca, entonces? Son más finas, y Austria también es un país de vino. Pero dudo que Fontanet buscara tan lejos. Además, no olvidar que es un viejo francés, y por lo tanto, no muy amigo de los teutónicos en general. Podría ser inglesa, o escandinavia, pero no me puedo imaginar Carlos contratando a una enóloga nórdica. Una mujer, ya es mucho, pero originaria de un país de bebedores de cerveza... No, Fontanet es un chiflado de buen tamaño, pero su locura tiene límites.

La observo acercándose desde la barra, fingiendo no repararla. Sé que se trata de ella, ya que mira por todas partes y acaba por acercarse y preguntar a Fernando. O sea que se halla a unos centímetros de mí, pero no esbozo el mínimo gesto para darle a conocer. Quiero oírla primero. Entonces... ¿Alemana, austriaca, o me va a sorprender aún más?

- *Hola buen día. Estoy buscando al Señor Lagos, por favor.*

Francesa. ¡Qué boludo! Fontanet es francés, y no caí en la cuenta. Fernando sacude la barbilla hacia mí, y la chica me mira. En seguida su sonrisa me clava a la barra. Como si un rayo me hubiese caído encima. Reniego de todo lo que dije sobre Fontanet. Como dicen los españoles, la noche empieza de “puta madre”.

- Clémence Berger. Trabajo para el Señor Fontanet.

- Carlos me había mencionado una asistente tan joven como atractiva. No me había mentido.

- La gente del sur de Francia siempre suele ser exagerada. En mi país lo llamamos “el lado meridional”. En lo que se refiere a Charles, una tendencia aún más fuerte.

- Usted es demasiada modesta. Otra cualidad. ¿Puede hacerle otro elogio?

- Si se trata del último...

- Usted habla muy bien nuestro idioma. Incluso no tiene ese leve matiz español que delata a los europeos quienes aprendieron el castellano en el colegio.

- Le voy a decepcionar: no aprendí el castellano en la escuela, sino acá en Argentina. Llegué hace diez años para integrar un cursillo en una bodega de Cafayate, y me enamoré.

- ¿De un argentino muy guapo?

- Bueno, primero del país. Pero tiene razón: también me casé.

- Su marido tiene mucha suerte.

Sonríe algo estúpidamente, sin contestarme. El camarero trae las cartas del menú, y la chica se hunde en la lectura sin más esperar. Espero que no va a seleccionar los platos más baratos, no me gustan los tacaños sobre todo cuando soy yo quien paga la cuenta. La mezquindad nunca cuadra bien con una buena negociación. El monto final me importa un pito, quiero verla relajada.

- ¿Supongo que usted bebe vino?

Ella levanta la cara, con una sonrisa medio asombrada medio irónica, y mira al vaso de Torrontes que aceptó de aperitivo para acompañarme. Imbécil. Tengo que controlarme mejor y procurar evitar tales disparates. Y que por fin entienda que la asistenta de Carlos no es una boba. Un poco más de inteligencia, Oscar, sino vamos directamente al desastre.

Inteligencia no le falta a la mina, pero no es lo que se nota primero en su físico tanto como en su sentido gastronómico. Si me permiten esa comparación. Ya lo he dicho, es una chica de buena constitución, que tiene pinta de deportista de buen nivel quien hace trabajar su cuerpo. Una chica de aspecto fuerte, todo en músculos, pero bien proporcionada. Lejos de los cánones de belleza de las revistas, pero sin embargo toda una belleza. En cuanto al apetito, no come sino engulle, imagino que a la medida de sus necesidades corporales. La parillada que nos trajeron para dos, pero que podría satisfacer cuatro sin problema, no la impresiona. Tiene tiempo de tragar tres bocados cuando yo trago uno. Parece que no comió desde varios días. ¿Sería que Carlos no le paga lo suficiente?

¿Cuántos años tiene? Si vive acá desde hace diez años, y vino para un cursillo de enología, puedo inferir que tiene entre veintiocho y treinta y dos, como mínimo. Parece tener menos, pero supongo que no podía tener menos de dieciocho al llegar. Tengo cuarenta y ocho. Nada insuperable. En el comedor, nadie nos mira con caras especiales. O sea que no me parezco a un viejo libidinoso que tiene suerte.

II. Clémence Berger

Me lo imaginaba. Los argentinos ante todo son latinos, y la mayoría de carácter bastante italiano. O sea que apenas entraba yo en el restaurante que ya estaba en

cueros en medio del comedor. Lamente dos segundos haber elegido ese vestido y los tacones, los cuales además me duelen a muerte. No suelo vestirme así de “mujer”, pero pensé que saldría mejor para un “*rendez-vous*” de negocios. Y sigo pensándolo. Charles no me había aconsejado nada, y supongo que no se habría enfadado de verme vestida de manera más ordinaria, pero supuse que para complacer a un macho latino y cincuentón... Está claro que Estela me matará si se entera de esa sumisión estúpida a códigos machistas, pero no pienso contárselo al volver a Mendoza. Y por el momento, el método parece funcionar perfecto. Lagos se parece a un pavo real, y me come con los ojos. El aperitivo parece de su gusto. Lo que no sabe esa bestia en celo, y que no le voy a desvelar, por lo menos de momento, es que cuento con una ventaja enorme, en comparación con sus probables conquistas habituales.

No es que le faltan argumentos para creer en su estrella. Charles me puso al tanto. Lagos es uno de los tres o cuatro mayores negociantes de vino del país. Beneficios tan enormes como su red de amistades. Tutea a ministros y a la mayoría de los empresarios importantes de Argentina. Yerno de un antiguo presidente de la Sociedad Rural. O sea, todo un prócer, si la palabra se puede aplicar a los temas de dinero e industria. Conociendo mis convicciones políticas, Charles me puso en guardia: Lagos es muy, pero muy derechista, y aún más un anti peronista fanático. No hacía falta avisarme. Sus primeras palabras bastan para confirmármelo. Lagos se sitúa del lado de los felices, ya que el buen pueblo argentino mando uno de los suyos a la Casa Rosada. De una puta vez se van a romper las cadenas del empresariado en este país. Y sobre todo, van a meter a esa “hija de puta de Cristina” – así dice Lagos – en cana, esa fiera “korrupta”⁴ matadora de campesinos.

Le dejo hablar. Me importa un pito la suerte de Cristina Kirchner, y no tengo la menor duda de si se aprovechó del poder para enriquecerse hasta el cogote. Tuvo tiempo: los Kirchner gobernaron durante doce años. Pero me extrañaría en paralelo que el nuevo presidente, el tal Macri, sea el príncipe azul de la leyenda. Charles me contó con muchos detalles que él también tenía su lado oscuro, y sabía perfectamente manejar el dinero negro. Hasta se dice que tiene sociedades en paraísos fiscales. No me cuesta trabajo creerlo. Esos tipos son todos iguales, y eso pasa en el mundo entero. Pero me parece que está peor acá en Argentina. No sé si sería posible encontrar un solo político “puro” en todo el país. Hombre o mujer, da igual. Pero lo que sí es cierto, es que la victoria del PRO y de Macri entusiasma a las clases dirigentes, que saben que ese cambio de mando los devuelve el poder. Todo el poder. Por fin, se va a poder ganar dinero en este país (“De mierda”, como dicen cuando gobiernan los peronistas).

⁴ Con el “k” de Kirchner, claro. Así lo escriben los anti Kirchneristas.

- Durante doce años congelaron la economía de este país (*con Macri de presidente, ya no dice Lagos "de mierda", por supuesto*). Ya iba tiempo de cambiar. Macri lo va a tener difícil arreglarlo, porque dejan el tesoro vacío, esos hijos de puta. Se lo llevaron todo. Pero por lo menos ahora vamos a poder trabajar en serio.

Me callo dejándolo desarrollar sus teorías. No estoy segura de que se crea realmente todo lo que dice. Pero está contento. El capitalismo vuelve al poder, eso es lo más importante. La fiesta vuelve a empezar. Hablando de fiesta y de guita, me gustaría que por fin vayamos al grano, ahora que la mesa está limpia de los restos de carne y que nos trajeron la carta de postres. Lagos no parece tan apurado, y desvía la conversación hacia mi propio histórico. Por qué yo, una mujer, me intereso en el vino, por qué vino a Argentina, dónde trabajé antes de ser asistente de Charles... El no le llama Charles, sino Carlos, como parece de costumbre en castellano, eso de traducir los nombres. Carlos Fontanet', pronunciando así el *t* final. Tiene dificultad también para pronunciar mi propio nombre, por el "en" de Clémence, pero tengo que admitir que hace esfuerzos, ya que extrañamente, no se atrevió a traducirlo. Supongo que no se fía demasiado de mi clemencia – y aún más la de Charles – en cuanto a los negocios. Contesto vagamente, procurando no alentarle y que así perdiéramos totalmente de vista la razón de nuestra presencia acá. Es visible que mi falta de interés por sus preguntas le irrita, y al final da el resultado inverso: insista de manera cada vez más pesada. Pero veo a donde quiere parar. Ya conozco esa mirada especial, ese tono melifluido, algo bobo, que utiliza para hablarme. Y esa manera de fijar los ojos, cada tanto, a la altura de mis pechos. Son sólo unos segundos, y puede pensar que no lo noto, pero sí que lo noto. Hasta ahora, no me quejo: la vida me preservó de los ligones. Y como decía, contra ellos tengo mi arma secreta. Y más todavía desde que me casé. Los hombres me dejan en paz. Pero en este caso, no la quiero emplear. No la puedo emplear. Podría poner en peligro todo el edificio de esa negociación. Dado el estado de ánimo de Lagos, sería como una carga de dinamita en pleno corazón de un castillo de naipes. No me fío de su reacción y tengo que jugarla más fina. Charles me dio su confianza y no quiero defraudarle. Aunque no me imaginaba esa misión tan pesada. Estoy aprendiendo.

De repente, oigo voces detrás de mí, y Lagos se pone a agitar las manos con cara de gran alegría. Cuando vuelvo la espalda, aparece una pareja y en seguida la mujer se inclina para besar Lagos.

- ¡Cuánto tiempo! Si hubiera sabido que estarían acá para cenar... ¿Acabáis de llegar?

- Todo lo contrario, contesta el hombre. Nos estamos yendo. Sólo que María te ha visto a tiempo, si no, salíamos sin verte. Hay tanta gente...

Lagos acaba por recordar que existo y me presenta a la pareja, de una mano rápida.

- Clémence Berger – de su boca sólo sale “Clemons Berierr” y dudo que sus dos amigos entendieron algo – María y Maximo Feldman. Clémence es enóloga. Y ¡francesa! añade, muy contento de sí mismo.

Los dos me tienden la mano sonriendo, pero no me siento muy cómoda. Y luego, verdaderamente molesta cuando oigo Lagos proponerlos sentarse con nosotros a tomar el café. Me temo que la noche se vuelva mucho más larga de lo previsto.

III. María Feldman

Oscar es increíble. Es la tercera vez que lo encontramos en Buenos Aires, y cada vez lo vemos acompañado de una mina distinta. Y esta no sólo es más joven que las demás, pero encima es francesa. No sé si creernos el cuento que nos sirvió en cuanto a su situación, si de veras representa a un amigo enólogo al cual quiere proponer un negocio. La única certeza es que es francesa, lo que bien puede corroborar sus dichos. Pero conozco demasiado el amigo Oscar, y lo imagino perfectamente capaz de inventar el cuento más fantástico para colorear su depravación. Porque sería la primera vez que lo veo hablar de negocios con una piba de menos de treinta años, el muy machista.

Bueno, tengo que admitir sin embargo que esa chica no se parece en nada a las zorras con las cuales suele engañar a su esposa. Clémence Berger – ya que es el nombre y apellido impronunciados que utilizó para presentárnosla – tiene más bien cara de sabia, pese a su vestido demasiado corto para sus muslos algo gordos y sus tacones. Tacones que no suele usar, como lo proclaman sus pies descalzos bajo la mesa. No maquillaje ni joyas, y sus manos no parecen muy cuidadas, sin ningún barniz y con unas manchas negras que se notan en la punta de unos dedos. ¿Así sería verdad que trabaja en el vino?

Habla un castellano bastante bueno, aunque con fuerte acento francés. No parece tímida, y no duda en exponer su irritación cuando nos sentamos en la mesa. Es posible que sea realmente la asistente de un enólogo, pero si me fío a su cara de disgusto, diría que acabamos de romper un momento de intimidad entre los dos. ¿También explicaría por qué, cuando estamos bebiendo el café y Máximo propone prolongar la noche en nuestra casa de Tigre⁵, se niega rotundamente y de bastante mala manera? Se pasa luego todo el tiempo mirando a Máximo con cara de pocos

⁵ Situada en el delta del río Paraná, la ciudad de Tigre está por parte compuesta de pequeñas islas donde la alta sociedad de Buenos Aires mandó construir mansiones para pasar los fines de semana. Solo se accede al lugar en barco.

amigos, y no se muestra mucho más amable con Oscar, quien insiste pesadamente en venderlo el cuadro idílico de nuestra isla sobre el delta. Prefiero optar por la paz. Porque si esos dos pelotudos siguen insistiendo, dado su estado de nervios, me la imagino muy bien largándose sin más. Y Oscar, con su mala fe legendaria, nos echará la culpa.

Es evidente: Clémence quiere mandarnos al diablo. Y no entiendo porque Oscar no se muestra capaz de notarlo e insiste en imponernos. Mejor haríamos en largarnos nosotros mismos, pero la verdad es que el comportamiento extraño de la mina me intriga. ¿Conquista o no? Lo encontraría demasiado frustrante acabar la noche sin saberlo. Quién sabe, hay informaciones que siempre pueden tener alguna utilidad.

Al final no vamos muy lejos, pero vamos juntos. El Felicity club queda muy cerca, del otro lado de los estanques. Un boliche sobre Martha Salotti, más bien selecto, rodeado de paredes de ladrillo y delante del cual el coche estacionado más pequeño es una Mercedes 500. Vamos andando, sólo tenemos que cruzar el Puente de la Mujer y caminar unos metros sobre Olga Cossetini. Cinco minutos como mucho, y nos arreglamos Máximo y yo para caminar detrás de la pareja, para tenerla en punto de mira. Ahora es una certeza: Clémence no está acostumbrada a andar con tacones. Casi hace el ridículo, y supongo que lamenta aún más haber aceptado seguirnos. Incluso me temo que sus rodillas no lleguen vivas hasta el club. A menos que se trate de un truco. Un mero pretexto para justificar que tomara Oscar del brazo. Porque sí que es un hecho verificado: le toma del brazo, y el muy hipócrita hace como si se tratará de la cosa más natural del mundo. O sea que progresamos.

Adentro, la gente baila. Sin mucha convicción: no se trata de una verdadera discoteca. Acá la gente viene tanto para mirar como para ser mirada. Se viene en pareja ya que, como la “vestimenta adecuada”, es obligatorio para entrar. Lo que no impide esas parejas hacerse y deshacerse a lo largo de la noche, en todo secreto. O no. No venimos acá a menudo Máximo y yo, pero me acuerdo haber visto un diputado entrar con una mujer y salir con otra. Este tipo de cosas. Es un sitio caro pero muy caro, una manera muy sencilla de seleccionar a los clientes. Una noche en el Felicity puede tragar hasta el sueldo mensual del taxista que te llevó acá.

Nosotros no bailamos. No le gusta a Oscar, y por otra parte hay que tener piedad para los pies de Clémence. Además apostaría varias botellas de Champán francés que a ella tampoco le gusta. No parece del tipo bailadora. La conversación es meramente ociosa, sin más interés que dejar a Oscar escucharse hablar. Lo que hace de maravilla, hay que concederle. Está enfurruñado en el sofá, y puso sin más su brazo en el hombro de Clémence, que no reacciona. Oscar le acaricia el brazo desnudo, como sin pensar, siempre hablando. De política, como no, casi no tiene

otro sujeto de conversación. Muchas veces me pregunté si no formaba parte de esos nostálgicos de la dictadura. Cuando uno le señala, protesta con mucha energía. Demasiada energía para no parecer sospechosa. Por otro lado, lo veo difícil encontrarle una consciencia política. La única cosa que le interesa es el dinero. A partir del momento que le dejan hacer negocios...

Otra vez Oscar levanta el brazo. La noche empieza a derivar hacia rumbos imprecisos. Si lo seguimos, vamos a acabar totalmente colocados. Ya sé a dónde quiere parar, no hace falta ser muy astuto para entender el proceso en curso. Parece funcionar de maravilla. El único problema es que Clémence no es la única bebiendo. Oscar también empieza seriamente a flotar, y no tardará en hundirse él mismo. Cada vez más profiera tonterías, y cada vez menos se avergüenza con la chica. Ahora le pone las manos sobre los pechos, y parece que le gusta a la guapa, ya que no reacciona más y lo deja hacer.

Bueno, ya basta. Va tiempo de largarse ahora. Hago una señal discreta a Máximo, y nos levantamos. Oscar finge protestar, pero se nota que él también da la noche por terminada. Por lo menos, con nosotros. Oscar paga cabalmente toda la cuenta y nos despedimos en la vereda. Unos besos, sin mucha convicción por parte de Clémence, quien apenas nos dirige una leve sonrisa. Los miramos dar la vuelta en Juana Manso. Clémence le puso el brazo alrededor de la talla. Una suerte – pero no es una suerte, por supuesto – que el hotel de Oscar quede tan cerca. ¡Buenas noches, guapa!

IV. Clémence Berger

Un calvario. Creí que esto no acabaría. Ese boludo que no paraba de pedir más vasos y hablaba sin respirar. Su mano en mi brazo, en mi espalda, e incluso en mis pechos. Tenía que haberle echado mi coctel en la cara, y largarme. Demasiado estúpida, eso es lo que soy. Tendría que haber límites a la consciencia profesional. Y los dos pelotudos que bebían sus palabras, como si se tratará de un guía espiritual. Vaya huevones. María se pasó toda la noche mirándome por debajo, y como es de suponer, se imaginan que soy la nueva bagasa de Oscar. Está bien. Así podrán testificar de cómo Lagos maneja sus negocios.

Pero por el momento, casi tengo que llevarle hasta la puerta de su hotel. Está borracho como un cerdo, pero logra disimularlo en el lobby pidiendo él mismo su llave. No sé cuantos vasos ingirió. Porque él los ha bebido. Todos. Claro que quería emborracharme primero. Ponerme en “estado favorable”. Pobre. Cayó él mismo en su propia trampa. Bebí, está claro, pero mucho menos que él. A ver si

la planta que estaba al lado del sofá sobrevivirá a tanto riego de Margarita. Me siento orgullosa: Lagos y los dos imbéciles ni se dieron cuenta.

Habitación 341. Ya estamos. Abro la puerta y empujo a Lagos, quien trata de agarrarme por el cuello para besarme.

- Espera. Déjame cerrar, por lo menos.

Pero apenas me da tiempo. Se pone detrás de mí y ya siento sus manos por debajo del vestido. Gruñe. Como el cerdo que es. Doy la vuelta y le empujo sobre la cama. Se cae intentando atraerme consigo. Me arrodillo en el suelo y procuro tranquilizarle. Masculla unas obscenidades, mientras le acaricio la mejilla para calmarle. Se queja. Claro, tonto, ¿te estás mareando! Me levanto, y voy a hurgar en mi bolso.

- Toma, traga esto, así te pasará la náusea.

La pastilla de somnífero no tarda en tener efecto. Hace tiempo que su cuerpo reclama el sueño. No tengo mucha dificultad para desvestirlo – integralmente, ya que estoy en eso – y meterle entre las sábanas. No pesa mucho. Sin embargo actúo despacito, procurando evitar que vomitara sobre la almohada. Se pone a gemir, y me temo que la pastilla no fuera suficiente. Pero no, se está durmiendo poco a poco, hasta se pone a roncar levemente. Pobre tipo. Le dejo a sus pesadillas y voy a encerrarme en el cuarto de baño. Aunque no esté tan borracho como él, necesito refrescarme. Me mareo un poco, y el vestido empapado de sudor se me pega a todo el cuerpo. Acojo con mucho placer el agua glacial de la ducha. Secándome, voy a controlar el sueño de Lagos. Duerme como un bebé, y no se despertará antes del amanecer. Tengo todo el tiempo. Dejo mi vestido a secar sobre el tabique de la ducha y vuelvo a la habitación. Por suerte, a Lagos le gusta el lujo y alquiló una “suite”. Lo aprovecho para aislarme en el segundo cuarto, mucho más chico pero separado del primero por una puerta. Me siento en la butaca y marco el número de Estela en el móvil. A estas horas, sé que está durmiendo y se va a enfadar, pero necesito hablar, y tengo unas horas por delante.

Me despierto de repente, asustada. Me dormí, tontamente. Miro al móvil: ya son las siete. Horrorizada, entro en la habitación de Oscar, y respiro hondamente: todavía está durmiendo, aunque sí empieza a moverse. Tengo que darme prisa. Qué boba. ¿Pero porque no lo hice antes de hablar con Estela? Como lo suponía, me había reñido malamente por llamarla en plena noche, pero luego fue ella la que no quería colgar. Sabía lo de la cita de negocios con Lagos, y quería conocer los detalles. Le conté lo esencial, pero sin mencionarle los “después” de la Muleta. Y aún menos que me hallaba en la misma habitación de Oscar. Se hubiera puesto

loca. Pero Estela tiene como antenas, y sospechó que había gato encerrado. Me acribilló de preguntas, pero me quedé firme. Después de todo, no me siento culpable de nada. Pero una cosa es contarle en vivo, otra contarle por teléfono. Sé que cuando se lo cuente en nuestro piso de Mendoza, se reirá más que yo de lo que pasó.

La verdad es que cuando colgamos, me sentía rendida. Apoyé mi cabeza en el respaldo del sofá, para darme unos segundos de descanso. Y me dormí. Y los segundos se volvieron horas. Ahora tengo que darme mucha prisa. Vigilando el roncador, registro sus bolsillos. Cartera, móvil... ¡El móvil! ¡Re-boluda! ¡Ni se me ocurrió apagarlo! ¡Vaya espía! Parece un milagro que nadie le llamó, ya que en Europa son las 12. Tengo que suponer que el dios de las aprendizas de mujeres de negocios está conmigo. ¿Qué más? Un tarjetero. Impresionante: no cuento menos de seis bancos distintos. Unos papeles, nada importante. Un estuche para anteojos. ¡Je je! El muy coqueto lo había guardado bien escondido, incluso para leer la carta del menú. Otro elemento que traiciona su edad, y otra vez tengo suerte: tiene una agenda de papel. Eso me evitará registrar el móvil. A ver. Octubre, noviembre... diciembre, ya está. Nuestra cita figura a la fecha, como me lo esperaba. Y por debajo, anotó algo. Lo que me confirma que ese Lagos es un verdadero buitre. Una comisión de treinta por ciento del contrato anual con los chilenos, no se anda con chiquitas el tío. ¡Y pretende ser amigo de Charles! Encuentro los apellidos de los chilenos, pero no hay dirección alguna. Sólo un número de teléfono. Bueno. Con eso bastará. Lo anoto y lo pongo todo de nuevo en los bolsillos. Lagos se mueve cada vez más. Supongo que está soñando, uno de estos sueños – o pesadillas – de fin de noche, que se esfuman en seguida al despertar. Rezo para que su memoria viva sea tan fugaz como su memoria dormida, y entro en la cama a su lado.

Le cuesta mucho más tiempo que me imaginaba para despertarse. No necesito tener conocimientos médicos algunos para comprobar que no está al tope. Estoy bastante contenta de mí misma: la pastilla aliada a la resaca hicieron su efecto. Lo que no le impide intentar abrazarme al descubrirme a su lado.

- ¡Cuidado! digo, tengo una jaqueca terrible.

- ¿Tu también, querida?

Querida. Ya se siente propietario, ese gallo imbécil. O sea que es peor que yo creía. A ver. Si quieres grano para comer, lo vas a tener. Pero no del tipo que esperas.

- Me moliste, esta noche.

Cara de asombro.

- No recuerdo nada.

- ¿Cómo que no? Sin embargo, te sobrepasaste. Te lo juro. Ya no siento mi cuerpo. ¡Vaya noche!

Lagos queda perplejo, pero no le doy tiempo para recapacitarse. Le beso en la frente y salto fuera de la cama antes de que me agarrara el brazo. Se levanta a medias, pero en seguida se lee mucho dolor en su cara.

- Bebimos mucho ayer, ¿verdad?

- Demasiado. Y nos hizo cometer disparates. Pero disparates agradables, ¿no?

Le miro con mi mejor cara de preocupada. Parece buscar algo en su memoria, sin llegar a encontrarlo.

- No, claro que no. Bueno, ya no me acuerdo. ¿De verdad hicimos el...? ¿Tan borracho estaba?

- Bueno, no sé mucho de este tema, pero se parecía mucho a una buena borrachera.

- Ya, ya.

Me contempla con los ojos vacíos, como si no podía creer en la realidad del cuerpo totalmente desnudo que está viendo, de pie frente a su cama. Para dar alguna consistencia al espejismo, me inclino hacia él y le beso en una mejilla. Aprovecha para pasar el brazo alrededor de mi talla, pero otra vez logro liberarme.

- Realmente me dejaste como un trapo. Ya no puedo más. Tendremos otra oportunidad. Ahora tengo que marchar, tengo clase a las once.

Entro hablando en el cuarto de baño, y empiezo a vestirme. Desde la cama, le oigo realizar por fin.

- Pero...

- Los chilenos, sí. Pero no es culpa mía si no tuvimos tiempo de hablarlo. Ahora es demasiado tarde.

- Nos tenemos que volver a encontrar, pues. Pronto.

Vestida, los malditos tacones puestos, me planto delante de la cama, fingiendo preocupación.

- Vuelvo esa misma tarde a Mendoza. Pero prometo hablar con Charles. Sé que podemos confiar en ti. Supongo que ya conoces las tarifas habituales de Charles: no las vamos a cambiar para los chilenos. Más los trayectos necesarios, claro. A mí me parece una buena oportunidad para el laboratorio. Charles es menos entusiasta, pero si me dejas unos días le voy a convencer. También depende de lo que pides tú de comisión.

Parece reflexionar, pero sólo es un efecto de la resaca: le duele la cabeza y hasta pensar en el dinero le provoca accesos de jaqueca. Esta al punto.

- ¿Qué te parecen diez por ciento?

- No sé, es que son cuatro y... Es un buen negocio para Charles.

- Para ti también. Diez más diez más diez más diez. ¿O no? *Quatre fois dix, quarante, mon petit père !*

- ¿Qué?

- Nada. Déjame, bueno... ¿Quedamos con una semana? Dentro de una semana, llamas a Charles, y te lo prometo, estará caliente. Anda, tengo que darme prisa ahora. Me voy.

- Espera. ¿No me das un besito?

Otra vez le beso en las mejillas, un beso cada una, y pone tal cara de infeliz que tengo que morderme los labios para no saltar la carcajada. Está bien. Tengo que firmar mi victoria pues. No te lo mereces, cochino, pero la lista que te acabo de robar, sí. Saborea, cabrón, que ese será el primero y el último.

Sus labios todavía huelen a mezcla de Tequila y Curasao. Sólo medio segundo de asco, la hazaña me sale barata.

- ¿Cuándo? Pregunta él.

- No sé. Supongo que nos volveremos a encontrar. Y quizás otra vez solos. Quiero decir: sin nuestras mujeres.

- ¿Nuestras mujeres?

Epílogo

Pero ya se cierra la puerta, y Clémence se dirige hacia el ascensor.